

www.elboomeran.com

Andrea Camilleri

Gotas de Sicilia



Título de la edición original:
GOCCE DI SICILIA

Primera edición: abril 2016

© 2016, de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, s. l.
© 2008, Edizioni dell'Altana
© 2016, de la traducción: David Paradela López
© del diseño de colección: Raúl Fernández

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo
propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-16-5292-5-4
Impreso en España
Depósito legal: M-5444-2016

traducción de
DAVID PARADELA LÓPEZ

GOTAS DE SICILIA

Se recogen aquí los escritos de Camilleri originalmente publicados en *L'Almanacco dell'Altana* entre los años 1995 y 2000. Entre estos, «El vino gusta a san Calò» es una parte revisada y reelaborada de la novela *El curso de las cosas* (Lalli, 1978; Sellerio, 1998; trad. cast.: Destino, 2000). El cuento «Hipótesis sobre la desaparición de Antonio Patò» se reeditó en versión abreviada en el periódico *La Stampa* y posteriormente, ampliado y completado con nuevas invenciones, dio lugar al volumen *La desaparición de Patò* (Mondadori, 2000; trad. cast.: Destino, 2002). «El sombrero y la boina» forma parte de *Favole del tramonto* (Edizioni dell'Altana, 2000).

EL TÍO COLA, «PIRSONA LIMPIA»

(La escena representa el interior de una relojería. Detrás del mostrador, un joven extraordinariamente delgado y con grandes gafas, de poco más de veinte años, lee un periódico. Se abre la puerta del local, entra un señor cincuentón, bien vestido, no muy alto, de apariencia cordial y modales serenos.)

Buen día. ¿Non está el propietario, el señor Falletta? Ah, que es andado un momento al banco y usted guarda el negocio. Ahora, se me permite, lo espero. (Agarra una silla, la pone delante del mostrador, se sienta.) No, non le debo dire niente, era solo el placer de verlo un tantico y charlar con un paesano. Me presento, a mía me llaman tío Cola. No, no, por caridad, se quedase asentado, non se alce. ¿Non me arreconoce? Ahora vien decir que usted non es de aquí, de Roma. ¿Es venido

a la capital a estudiar? ¡¿Triatro?! ¿Me está a decir que el triatro se estudia? Bah, a mía me sale natural. Usted, pero, debe ser de adonde yo, de Girgenti. ¿Sí o no? De Porto Empedocle, ¿a que sí? Si lo miro bien mirado, capaz que endovino de qué familia es. No, mudo, non me día pistas, se deje mirar nomás. Usted vigile el negocio intanto yo penso. ¿Sabe? Yo, una facha, luego que la he visto aunque sía una vez, aunque sía un momento, me se graba nela testa y non me la descuerdo más. Una noche, en Ditroit, que yo ero ancora niño, enrecián arribado a los States, nuna estrada oscura, me esbato con uno que camina todo torto de whisky que llivaba nela pancha. En volviendo a casa veo que nel bolsillo non ho más la cartera, y non pode que haber sido ese falso embriaco. Bien, pasan vinticinco años, y yo intanto me son ido haciendo un sitio nela vida, una posición, y un domingo me invitan a una gran comida con amicos en Broccolino. Me arricordo que estaban Philip Ferrara, que vino luego a tener fama de indisiabile, justo él, al que todos disiaban, muy de

la broma, amicón, siempre pronto al chiste y la risata; Steve Rosolino, que en gloria está, que lo sacaron del Hudson con cemento nelos pies, y Dom Palazzolo, que en gloria está también, que lo abaliaron nel restorán de Fred Iacolino mentre se comía un cuarto de cordero al hinojo selvaje. ¿Cómo? ¿Que nunca ha probado el cordero al hinojo selvaje? ¿Pero si eso arresucita un morto! Verá, se prende un cordero de leche... Pero eso mejor se lo cuento unotro día. ¿Qué estabo a decir? Ah, que estábamos en comiendo cuando se abre la puerta y entra uno con el pelo acusí arrizado y el bigote a lo umberto.

—Este —me dice Philip— es un amico que te quiere conocer. Tony Galante, de Ditroit.

—Tanto placer, Tony —dico yo—, y ora devuélveme la cartera que me birlaste hace vinticinco años.

¿Qué le parece? Era el mismo. ¡Un momento! Ora caigo. Ha hecho un gesto que vale más que un carné de identiridad. Usted es de los Gamilleri. Sicuro que es hijo de don Pipino Gamilleri. ¿A que sí? ¿Cómo anda súo

padre? Me gozo y me consuelo de saber que anda bien, porque s'úo padre es buena gente, persona brava. ¿Quiere reírse? Le cuento una cosa. Un día al amanecer vi a s'úo padre que se iba de caza él solo, gran cazador s'úo padre, y quise gastarle una broma, una inocentada. Me escondí tras de una roca, también yo portaba la escopeta de dos cañones, y nomás me vino a tiro lo apunté.

—¡Es venida la hora de pagar túos pecados!
—dije.

S'úo padre alzó los brazos, se miró atorno y entendió de adónde veniba la voz.

—Pues pagámoslos —dijo fresco como un cuarto de pollo.

Yo, sin dejar de apuntar, salí de tras de la roca y me le aveciné.

—Arrecomienda túa alma a Dios —dije.

Y él, en vez de arrecomindarse el alma, pega un brinco, me prende la escopeta por el cañón y me morde el cuello. Sí, señor, ¡el cuello! Tan fuerte que hoy ancora, cuando cambia el tempo, me duele. ¿Qué quiere que le diga? Hizo falta Dios y ayuda para

convincerlo de que era una broma nomás. Si lo ve, me lo saluda. Porque yo sabe el Señor cuándo podré regresarme a Porto Empedocle. No, hijo, no, aquí en Roma estoy de paso, non vivo en Roma. Me tienen de vacaciones forzosas en Conegliano Veneto, adonde dicen que se hace buen vino. Que en virdad sabe a meados, que es beberlo y dar de estómago. Por fortuna en Conegliano hay un sargento de carabinieri que es de adonde nosotros, hombre considerado y padre de familia. De tanto en cuando hace la vista gorda y me deja bajar dos o tres días a Roma a ver a los amigos, basta que non meto el pie en Sicilia. ¿Y lo sabes por qué he de verme acusí? Por culpa de un grandísimo cornudo y porque por mis amigos yo siempre estoy pronto a eslomarme. Aunque si después los muy ingratos te lo ringracian a patadas. Veo que te estoy tutiando, escúsame, pero es que somos paesanos y ho la edad de túo padre, año más, año menos. ¿Qué andabo diciendo? Ah, que cómo es que son ido a parar a Conegliano. Debes saber que ese rompepajares

del bandido Giuliano —que ya se tardan en prenderlo y matarlo— es un saco de merda, un analfabético, un carnicero. El año pasado al cuacuaracuá este se le metió nela cabeza de secuestrar al hijo del director del Banco de Montelusa. Y como se cree Dios padre, ni la molestia se prende de secuestrarlo, sino que le inscribe una nota al padre, el director, adonde le dice que considere a súdo hijo secuestrado se non le conseña de súbito diez millones. Y por si uncaso, nela misma nota inscribe que el director pode mandar a súdo hijo adonde quiera, a Australia, a Gronenlandia, que tanto él, si quiere secuestrarlo, lo secuestra, porque capaz que lo incontra hasta nel culo del demonio. El director del banco se disispera, non sabe qué hacer, que diez millones non los ha visto en casa en súa vida, pode que nel banco sí, pero el analfabético ese de Giuliano está confundendo al director, que es un chupatinta, un empleado, con el propietario del banco. Total, que a la fin mete inmedio a un amico, alguien al que había favorito nesas componiendas

de la banca. ¿Sabes cómo dice el proverbio, hijo? «Salta la rama y va en culo al hortelano.» Acusí dice. Y tal cual, que estaba yo en paz en mío pueblo cuando, de amico en amico, el último de la cadena arriba a mía y me recuenta la historia.

—Pero si yo non lo conozco a este Giuliano —dico.

Y allora me encomienzan a esdiluviar ruegos y súplicas. En fin, en pocas parolas, que meto inmedio a unotro amico que non sé ni cómo se llama, pero que non perde el tempo. Se va a ver al chulo fanfarra ese de Giuliano, que tanto es bien fácil de incontrarlo, que se ve con todo el mundo, periodistas, honorables, hombres de ley.

—Óyeme, Julià, el tío Cola te manda decir que lo del secuestro del hijo del director del Banco de Montelusa non está bien.

Tal cual, ni una parola más ni una menos. Giuliano, que cuando quiere intender intende, me hace saber allora través de este amico que con él se era ido a hablar que el señor director pode descordarse del asunto, que

ha sido un malintendido, que a súdo hijo nadie va a tocarlo. Y yo, esa misma rispota se la hago haber, literátim, al director.

Pasados diez días, que estabo yo nel campo a varear olivas, arriba uno.

—El director del Banco de Montelusa quisiera tener el honor.

Tras de un tiempo, dado que debía ir a Montelusa por una causa, me vino en mente dejarme caer por el banco. El director —de apellido Mistretta—, en verme nomás me salta al cuello, me besa y se pone a lacrimar.

—Tío Cola —dice—, me ha librado usted de una pesadilla.

—Cuando podo hacer el bien, lo hago —arrispondo yo.

Se agacha, abre una gaveta de la escribanía encerrada con llave, saca un grueso paquete hecho con papel de periódico y ligado con cordel.

—Esto es para usted.

—¿Para mía?

—Sí, por los disturbos.